

invitan a buscar un mundo más justo y más fraterno, y en toda realidad humana, cuyos límites a veces nos duelen y agobian.

g) A Jesús lo encontramos también, de un modo especial, en los pobres, afligidos y enfermos. ¡Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan! El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino.

8. Será un beneficio espiritual muy grande para todos, si en nuestra Iglesia arquidiocesana nos preguntamos cuánto frecuentamos esos lugares de encuentro con Jesús; qué necesitamos mejorar, sin demorarnos, para ser más fieles y creativos como discípulos y misioneros suyos. El acento debería estar puesto en ayudarnos a vivir más intensamente la invitación de Jesús a “estar con Él”. Este acento no excluye la misión, ya que la actividad pastoral ordinaria continuará su curso normal, pero quiere llamar la atención para que fijemos la mirada en las actitudes del Maestro, y ayudados por el Espíritu Santo, aprendamos de Jesús la proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Él lo hizo (cf. DA 363).

9. La Navidad es un maravilloso misterio de luz que brilló en las tinieblas (Jn 1, 5). La humildad de Dios se hizo luz en la humildad de María (Lc 1, 48). Este encuentro de humildades, nos reconcilió con Dios, con abrió el camino hacia el amor e hizo retroceder las tinieblas de la soberbia y de la ignorancia (cf. Jn 8, 12; Rm 1, 22). A la luz de este misterio, cualquier proyecto de convivencia entre seres humanos, en el ámbito familiar, social, político o religioso, que quiera ser verdaderamente humano y fecundo, tendrá que ser un “encuentro de humildades”, en el que se promuevan espacios de encuentro sin exclusiones; de diálogo, en el que se respeten, se valoren y se enriquezcan las diferencias; y, sobre todo, donde la competencia de ser el primero y el que más “tiene” se mida por el servicio humilde a los otros, a ejemplo de Jesús, “que no vino a ser servido sino para servir” (Mt 20, 28).

10. Queridísima María de Itatí, Madre nuestra y modelo de humildad y servicio, enséñanos a enamorarnos de Jesús, a abrazar su Cruz, para ser cada vez más santos discípulos y misioneros suyos.

20 de diciembre de 2007.-

+Andrés Stanovnik OFMCap
Arzobispo de Corrientes

CARTA PASTORAL

Al iniciar el segundo año del trienio
hacia el Centenario de la creación de la Diócesis de Corrientes (1910-2010)

Muy queridos hermanos y hermanas:

1. Iniciamos el segundo año de preparación hacia el Centenario de la creación de nuestra Diócesis de Corrientes. El primer año consistió, sobre todo, en conocer y difundir este magno aniversario y, al mismo tiempo, ayudó a tomar conciencia sobre su importancia y significado. Nuestra celebración es memoria viva, hecha de presencia amorosa de Dios y de sus acciones salvíficas, actuadas desde creación de nuestra Iglesia particular hasta nuestros días. Dios fiel, lleno de misericordia y ternura con su pueblo, mediante una generosa respuesta de personas y de comunidades, nos regaló una historia con una inconfundible identidad cristiana y católica. Los signos, con los cuales nuestro pueblo correntino fue expresando su fe, su esperanza y su amor en Dios, son también hoy para nosotros fuentes preciosas para renovar nuestra vocación y misión en la Iglesia y en la sociedad.

2. Por eso, durante el primer año, se nos invitó a “volver a los signos característicos de la primera evangelización”. Necesitamos volver a ellos con creatividad, con mirada evangélica y eclesial, para extraer de ellos toda la fuerza que precisamos para la misión. Los dos signos providenciales, que condensan admirablemente el mensaje cristiano, llegan al corazón de una multitud de correntinos y correntinas, y son sus dos grandes amores, como ustedes saben son: la Cruz de los Milagros –Cruz fundacional de Corrientes– y la Limpia Concepción de Itatí, como lo recordó el Siervo de Dios Juan Pablo II, cuando visitó nuestra ciudad.

3. Esto nos abre espontáneamente al tema para el segundo año de camino hacia el Centenario, que iniciamos en esta Navidad: contemplar, con una mirada evangélica y eclesial esos dos signos. El acontecimiento de Aparecida y su Documento Conclusivo nos ofrecen valiosísimas reflexiones y orientaciones pastorales, para volver hacia esos signos característicos de la primera evangelización y hacerlo con una mirada creativa, a fin de recoger lo mejor de nuestra memoria histórica, iluminar el tiempo presente y renovar con audacia y en esperanza nuestra misión.

4. La Cruz de los Milagros representa el signo más grande del Amor de Dios por su

pueblo: “Sí, Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3, 16). Es el signo de Cristo sufriente, admirable señal de amor en su cuerpo entregado y su sangre derramada (cf. Jn 15, 13). Queremos ser, con la ayuda de Dios, discípulos y misioneros de ese amor.

5. La Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora de Itatí, tiernísima Madre de Dios y de los hombres, bajo cuya advocación y por más de tres siglos, los correntinos y correntinas, y tantos otros devotos suyos, aprendieron el camino hacia Jesús y en su amistad encontraron el perdón, la paz y el sentido cristiano a sus sufrimientos y alegrías. María de Itatí, que alcanzó a estar al pie de la cruz, en comunión profunda de madre y discípula, es la que mejor nos enseña cómo se llega hasta su Hijo Jesús, mientras nos acompaña en su seguimiento.

6. A estas dos fuentes queremos volver durante este segundo año de preparación al Centenario, para regenerarnos en ellas y, así como en su tiempo inspiraron y dieron vigor a los primeros misioneros y misioneras, nos den también hoy a nosotros nuevo ardor para la misión. Con estos signos, tan nuestros y tan característicos de nuestra piedad, podemos dedicar este año de preparación al Centenario a conocer y reflexionar el mensaje que nos dejó Aparecida. Como les decía hace un momento, los invito a colocar el acento en la experiencia del discipulado cristiano, sobre todo ayudándonos a descubrirlo más y a vivirlo con mayor intensidad. Se trata de renovar profundamente la conmovedora experiencia de “estar con Él”, para aprender su estilo y su método: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida, para que conociendo lo que Él hizo y cómo lo hizo, sepamos discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias (cf. DA 139).

7. Para aprender el estilo y el método de Jesús, todos necesitamos frecuentar los lugares de encuentro con Él: fieles laicos y laicas, religiosos y religiosas, seminaristas, diáconos, presbíteros y obispos. El Documento de Aparecida nos recuerda esos lugares en los números 246 al 257. Este texto, puede servirnos como una hoja de ruta para este año de camino hacia el Centenario, sin olvidar las prioridades que han de seguir acompañándonos en este recorrido: catequesis, jóvenes, matrimonio y familia, y la cuestión social. Este camino nos ayudará a preparar luego el año siguiente, cuando nos dediquemos más específicamente a la misión. Para aquellos que todavía no tienen el mencionado documento, les propongo a continuación una síntesis de esos números que se refieren a los lugares de encuentro con Jesucristo.

a) Aparecida nos dice que el primer lugar, donde se realiza el encuentro con Cristo, es en la fe recibida y vivida en la Iglesia Católica. Ella es nuestra casa, en ella, afirma el Papa

Benedicto XVI, tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y consuelo. ¡Quien acepta a Cristo: Camino, Verdad y Vida, en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida!”, nos dijo él en Aparecida.

b) En seguida, encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. Necesitamos educarnos en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en nuestro alimento para que, por propia experiencia, veamos que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6, 63). Esto nos exige a todos, un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8, 11).

c) Otro lugar, indispensable donde encontrarnos con Jesucristo, es en la Sagrada Liturgia, donde la Eucaristía tiene un puesto privilegiado para el encuentro de las discípulas y discípulos con Jesucristo. Allí el Espíritu Santo fortalece la identidad del fiel cristiano, de modo que su vida sea cada vez más vida eucarística y despierte en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido. Se entiende, así, la gran importancia del precepto dominical, del “vivir según el domingo”, como una necesidad interior del creyente. Aquí podemos recuperar y recrear toda la riqueza que nos dejó el reciente Congreso Eucarístico Nacional, sobre la Eucaristía como comunión, reconciliación y solidaridad, con el lema “Denle ustedes de comer”.

d) Inseparable de la Eucaristía está el sacramento de la reconciliación, como el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo, quien se compadece de nosotros y nos da el don de su perdón misericordioso, nos hace sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor, y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso.

e) La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero.

f) Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno. Está en todos los discípulos que procuran hacer suya la existencia de Jesús; está en los Pastores, que representan a Cristo mismo, de modo que quien los escucha, escucha a Cristo. Está en los que dan testimonio de lucha por la justicia, por la paz y por el bien común, algunas veces llegando a entregar la propia vida, en todos los acontecimientos que nos